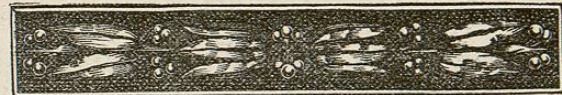


# DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NIÑAS

DE MONTERREY, EL 10 DE DICIEMBRE

DE 1882.



**S**IENTO no poder manifestar, sino con brevísimas palabras, la satisfacción que me causa la presente solemnidad. Conociendo vosotros por experiencia cuán intenso es mi gozo en estas fiestas de familia, y cuánto me place dar en ellas rienda suelta á los sentimientos de mi corazón, comprenderéis cuán grande es mi sacrificio al verme obligado á callar, ó lo que es peor, á no dirigiros sino pocas frases, que sólo á medias pueden expresar lo que abriga mi alma.

Estas frases serán para manifestar mi reconocimiento al público, que continúa honrando con su confianza este plantel; á las maestras y directoras, que no desmayan en sus laboriosas tareas; á las alumnas, que con su aplicación y constancia corresponden cumplidamente á nuestros desvelos.

Ahora que la rapidez y la facilidad de comunicaciones nos han puesto en más inmediato contacto con la vecina República, debo confesaros que no es mi satisfacción tan grande como antes al introducirnos á los establecimientos que sostiene la Iglesia. Temo que al ver su inferioridad, y la lentitud de su marcha progresiva, hagáis comparaciones para nosotros poco favorables, con otros de que antes apenas teníais noticia, y que ahora muchos de nuestros conciudadanos han visitado, viendo con sus propios ojos su incuestionable superioridad. Temo que, sin tomar en cuenta la diversidad de legislación y de circunstancias, no falte quien atribuya nuestro decaimiento á poca vitalidad en la Iglesia católica en nuestra patria. Temo que haya quien juzgue pereza, lo que es sólo desgracia, y declare pusilanimidad lo que sólo reconoce por causa la fuerza mayor.

Paréceme indispensable manifestar estos temores, para disipar preocupaciones, y colocar á los que nos juzguen en el terreno que á la justicia conviene. La Iglesia católica, ahora lo mismo que siempre, y en México lo mismo que en los Estados Unidos, profesa idénticos principios y encierra en su seno ese germen de vida que la ha hecho hasta ahora superior á todas las persecuciones, y la hará reinar, aunque siempre luchando, hasta la consumación de los siglos. Sus deberes de madre y maestra le hacen mirar la educación de la juventud como uno de sus principales derechos, que á nadie cede sino por la fuerza, y á que siempre atiende, aunque se le arranquen del pecho sus pequeñuelos.

Pero no siempre puede llenar del mismo modo esa obligación tan grata como sagrada, y le basta para lle-

var á cabo su misión sublime, el no desperdiciar coyuntura alguna, el saberse aprovechar de todas las circunstancias favorables.

Es lo que hemos procurado nosotros en este Colegio de Niñas y en el Asilo Infantil que hoy honráis con vuestra presencia. Sin dejarnos llevar del desaliento, ni abrigar tampoco aspiraciones no realizables, hacemos cuanto las circunstancias nos permiten hacer; avanzamos al paso que es posible, atendiendo á los obstáculos que nos cercan; no retrocedemos sino cuando la adversidad nos obliga, y aun entonces nuestra retirada se verifica en buen orden y sin vergonzosa dispersión.

Siendo tal nuestro modo de proceder, nadie podrá tacharnos de perezosos, ni creer que la Iglesia ha degenerado en nuestra patria, porque, aquí al menos, no podemos presentar ese lujo y esa variedad en los ramos de educación que nos encanta en los conventos dedicados á la enseñanza del otro lado del Bravo. Nos acomodamos, por otra parte, á las necesidades de la población en que vivimos; y como os hice observar el año pasado, aunque tenemos clases para educandas de la mejor categoría, si de las niñas destinadas á ser esposas de pobres jornaleros ó humildes artesanos quisiéramos hacer señoritas propias de una corte, haríamos infelices á ellas mismas y á sus familias, y contribuiríamos á la ruina de la sociedad.

A pesar de estos principios, no nos contentamos con poco, y como habréis observado al escuchar el informe de la Directora, ni estamos atrasados ni dejamos de caminar con el siglo. Si vosotros marcháis con él, estad seguros que os seguiremos, y que usando de toda la li-

bertad, mucha ó poca, que se le deje, la Iglesia llenará su misión y proveerá de una manera competente á la educación de vuestras hijas.

Concluyo solicitando, como siempre, vuestra activa y eficaz cooperación, pues sin el favor del público vanos serían los esfuerzos del Prelado, inútiles los trabajos de las profesoras. Confío en que no nos desampararéis, ligadas como están muchas madres de familia por vínculos especiales á este establecimiento. Por cuanto habéis hecho y por cuanto hicieris en lo futuro os doy las gracias más rendidas, y ruego al cielo no sea esta la última ocasión que se me proporcione de expresaros mi reconocimiento.



## DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NIÑAS  
DE MONTERREY, EL 21 DE OCTUBRE  
DE 1883.